

Discurso del Doctorando
D. Antonio Gala Velasco



El nuevo Doctor, pronunciando el discurso de gratitud.

De nuevo estoy en Andalucía, bendita sea, junto a las tierras de olivares, a la vera del río Guadalquivir, cerca de nuestras grandes aguas. De nuevo me encuentro en casa amiga: entre lomas rojizas y olivos verdegrises que se derraman — geométricos e intrincados, dóciles y distintos — con su menuda sombra a cuestras. En medio de ellos, las chicharras, de pronto, redoblan su estridencia. Son las mismas que el año pasado, que hace cien, que hace quinientos años. Como el arrullo de la tórtola es el mismo. Y el bisbiseo del agua. Y el vuelo del abejarruco. Y la brisa que hace cabecear los ramones, de fruto ya crecido. De nuevo me encuentro en casa amiga: junto a las arenas incontables y los verdes y los azules incontables; bajo el vuelo de las aves migratorias; frente a las lentitudes que proporciona una antigua experiencia; al lado de la salada gracia que sólo crece y se expande en estas orillas del mar nuestro. Sé que ellos son los mismos y que nada ha cambiado; que nada cambiará de verdad nunca, porque la muerte de verdad no existe aquí. Cambian los ojos que miran el paisaje, pero permanece el paisaje: vibrante con la flama del mediodía, o con la lluvia, o con el estático mar de esta luna creciente e inicial de la primavera. Pueden los hombres ascender a la luna sin saber muy bien por qué, tocar el cielo con las manos, amarse y desamarse: aquí siempre habrá esta bocanada tibia y húmeda de jazmín o de azahar o de nardo o de dama de noche mezclados la sal; unas manos compañeras que me brindan la aceituna y el pan; el temblor eterno y frágil de los olivos al ritmo de los grillos; el rielar inagotable, efímero y de piedra como el amor, de la luna en el agua.

Por eso es en la vieja insistencia del olivar y en la vieja insistencia de las olas donde mejor me encuentro. En su dibujo y su desdibujo tozudamente repetidos. Para el gorgojo no necesita el ruiseñor más que tres notas, ni plumas de colores. Para darle al espíritu confirmación y calma, el olivar y el mar no necesitan ni rosas ni claveles, sólo seguir estando, siglo tras siglo, donde los pusieron. En su permanencia austera y dadivosa, anterior a los bronce y a la piedra; en esta permanencia que rodea hoy la ruina de la piedra y el bronce,

es donde mejor percibo a Andalucía. Cruzo Despeñaperros, miro los olivares, respiro hondo y sé que aún estoy vivo, que de alguna manera estaré vivo siempre. Y me pongo a cantar sin voz una canción que no se aprende, que la sangre susurra despacio al oído de cada sangre nueva. Una canción que repite que cada ser, por mínimo que sea, es importante porque sin él la Naturaleza no sería como es, ni estaría completa. Y añade que, sin embargo, todo ser es una gota de rocío que dura lo que dura la noche, y que una gota de rocío no es nada en mitad de la noche. Y termina afirmando que inextinguiblemente la noche se repetirá, y se repetirá el rocío y la yerba y el primer plenilunio de la primavera sobre campos y playas. Porque la vida es la que hace ser día al día, y a la noche, noche. Y no se acaba nunca. Porque lo que una vez sucede, sucede para siempre. Y todo lo que existe murió ya alguna vez, y lo que una vez ha muerto no volverá a morir.

Los hombres que en esta tierra lucharon, padecieron y gozaron fuimos nosotros mismos, y seremos nosotros los que, dentro de cientos de años, gozemos, padezcamos y luchemos en esta misma tierra. ¿Que importamos ninguno de los hombres concretos?. La tierra nos sostiene y, de repente, reclama el puñado de tierra que somos: un puñado amasado de ansiedades y júbilo. Este minuto mismo, esta hora precisa de este día, ninguno de nosotros lo volveremos a vivir jamás. Pero da igual: ya fueron vividos por otros, de los que somos herederos universales, y serán asimismo vividos por quienes nos hereden. Esforcémonos, pues, en hacerlos apacibles y plenos, para que se nos recuerde con la gratitud con que nosotros recordamos a los anteriores habitantes de estas tierras, de este mar, de este río.

Aquí estuvo Tartessos. Aquí estuvo la Bética. Aquí estuvo Córdoba, ese adorno del mundo. Aquí está aún Tartessos y la Bética y Córdoba. Lo que una vez sucede, sucede para siempre. «Ante la victoria, la muerte queda absorta». Aquí era el fin del mundo. Aquí estaban la Eritheia y la Hesperia: la isla y el

país del atardecer, la isla y el país del sol poniente. Pero, ¿quién sabe qué es el fin y qué es el principio?. Esta era la orilla del **non plus ultra**, las dos columnas que señalaban el fulgor postrero de la Tierra. Y, sin embargo, de aquí nació el Nuevo Mundo. Porque aquí el hombre anda, a tientas y a ciegas, por un infinito camino de sabiduría y de belleza. Como Edipo, sin ojos, de retorno a la Esfinge. Siempre de retorno, siempre de vuelta: algo hay en nosotros que nos dice que ya estuvimos allí, con la mirada clara todavía, frente al rostro misterioso de esa Esfinge que es el rostro del tiempo. Aquí está aún Tartessos. Y la gloria romana y la epifanía omeya. Si no tuviéramos los ojos engañados veríamos el deslumbrante Templo de la Divina Luz, donde se adoraba a Venus, la estrella de la mañana y de la tarde. Veríamos el Templo de Diana, la estricta, y la opulencia de los templos de Alá. Veríamos, como vieron los primeros viajeros, unos reyes casi inmortales, afables y pacíficos, que nos invitarían a quedarnos junto a ellos. Veríamos unos súbditos de ojos grandes y vivos, de gestos mesurados y sonrisa pronta, con la gracia de los que han sido reyes un día no remoto. Aquí pervive aún ese pueblo cuyas antiquísimas leyes estaban escritas en verso; un pueblo desprendido y feliz, situado en el paralelo ecuménico de las mayores civilizaciones: India, Persia, Mesopotamia, Anatolia, Grecia, Egipto.

Aquí vive, repito, ese pueblo. Porque, decidme: ¿Es que acaso hemos cambiado esencialmente?. Puede que nos hayamos entristecido un poco, pero eso no nos hace distintos. Puede que hayamos abandonado forzosamente nuestra tierra maravillosa, pero eso no nos hace distintos. Puede que nos hayamos distraído con menudencias sin valor; hasta puede que se haya deseado embaucarnos con promesas dolorosas, pero yo os juro que eso no nos hace distintos. Estamos los que estábamos. Los que estaremos, estamos. Y las cosas que hacemos o que nos rodean son las que rodearon o hicieron aquellas manos y aquellas bocas y aquellos ojos que hoy observan la gloria de este mundo, acarician el gozo de este mundo, besan las mañanas azules de este mundo con

nuestros ojos y nuestra boca y nuestras manos. Somos un pueblo demasiado grande para poder repentizarse. Estamos avanzando por un camino trazado hace miles de años, previsto hace miles de años. De nosotros depende, para los que vengan detrás, ya que no la dirección de ese camino, sí su alegría, sí su fervor y sí su bienestar.

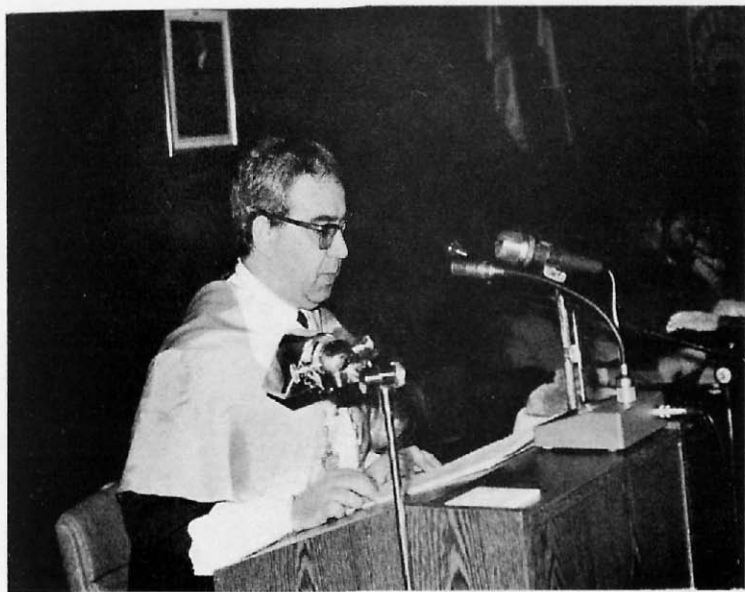
Sólo hace falta mirar y comprender: todo es uno y lo mismo. Los rojos toros que pastaban en la desembocadura del Tartessos, los toros del viejo rey Gerión de que habla Posidonio, ¿no son los que hoy pastan en las marismas y levantan de pronto su enlunada cabeza ante el bramido que recorre nuestros siglos de Historia?. Los fenicios, que cultivaron el olivo y la higuera laberíntica —los mismo que el aire mece hoy a nuestro alrededor—, ¿se sorprenderían al ver las almadrabas del atún, los salazones o el pescadito frito, que ellos introdujeron?. Los vinos que exportaron ya los iberos, sus romerías a lugares sagrados, sus conservas de morena, de esturión, de caballa ¿no son como los nuestros?. Las grandes ostras que menciona Estrabón, ¿no son nuestros ostiones, ese marisco de nombre blasfematorio y clásico a la vez?. ¿No son las explotaciones mineras cartaginesas las mismas que las nuestras?. El **garum**, tan cotizado en Roma, ¿no es semejante a nuestro adobo y a nuestro escabeche?. Y las muchachas gaditanas, elogiadas por Marcial y Lucrecio, ¿no fueron las abuelas de nuestras bailaoras?. Los caballos y las salinas árabes, ¿no son quizá nuestras salinas y nuestros caballos?. Y su caña de azúcar y su arroz y su papel, ¿no son los nuestros?. El ganado y el queso que aportaron los normandos, ¿no son los de hoy?. El grito de los bizantinos y la queja de los judíos y el gregoriano de la Iglesia y el marginado lamento de los gitanos, ¿no van trezándose hasta conseguir esa trenza de esparto y seda y escalofrío que es nuestro cante jondo?. ¿Qué es, pues, lo que ha cambiado?. Que los submarinos Polaris norteamericanos rocen nuestras costas; que en la Colonia de hoy —la Baelo Claudia de ayer— se instale un nido de ametralladoras o una central nuclear; que en los campos de Tablada, donde fueron derrotados los feroces

normandos, o en los campos de Córdoba, la Vieja, donde Medina Azahara sorprendió a la sorpresa y se vió nevar a los almendros de YABAL AL-ARUS, que en esos campos aterricen los aviones ahora, ¿son cambios esenciales?. No lo creo. No lo puedo creer. Cambian los Pormenores, las posturas, las maneras de obrar; cambian las luces, pero no el sentido de la libertad, de la alegría y de la pena. No cambia el concepto valiente y rotundo de la vida. Somos lo que hemos sido. Seremos lo que somos. Aquí seguirá estando el Templo de la Divina Luz y la gloria romana y la epifanía omeya. Aquí Venus, el lucero que atardece y amanece, será adorado. Porque de atardeceres y amaneceres se configuran, día a día, el camino y la Historia.

Pues, ¿qué otra cosa, si no eso, es la cultura?. Nuestro supremo bien —el más íntimo y familiar—, nuestras huellas dactilares, nuestra identidad en el proceso que recorremos y del que somos parte. La cultura es una forma de llegar a ser, una forma de haber sido, una forma de ir siendo, nunca concluída del todo; como el amor, que no se termina de hacer nunca; como la vida —que nos tiene a nosotros, no nosotros a ella— nunca agotada, aunque nosotros, uno a uno, sucumbamos. La cultura es paradójicamente lo inmutable que puede ser enriquecido; la masa de la sangre que recibimos y hemos de transmitir. Algo que pasa por nosotros como una transverberación, de un costado al otro; como un recado que debemos comunicar boca a boca sigilosamente, igual que un salvamento; como una iniciación a nuestro mundo: a nuestro dolorido, exultante, feraz, ultrajado, invencible, prodigioso mundo andaluz. Es verdad que cualquier cultura es la paciente consecuencia de la Historia, de la Política, de la Economía, de la Geografía, de la Climatología. Es verdad que consiste en un conjunto de costumbres, de usos, de modales, de actitudes constantes. Es verdad que representa el temperamento, la filiación, el carácter, el pasado de un pueblo: su explicación y su razón de ser, su origen y su proyecto, su memoria y su profecía. Por eso yo no quiero referirme a las aportaciones andaluzas a la cultura universal: eso son datos, eso está en los libros: toda la

Historia de la Humanidad está puntuada por los andaluces. Séneca y Averroes y Lucano y Maimónides, por ejemplo, ni siquiera eran todavía españoles, pero ya eran cordobeses. Yo quiero hablar de lo que transparenta la vida y la sonrisa de nuestro pueblo, el brillo de sus ojos, su esperanza, la verde joya de sus aceitunas, el agua de su río mayor: esa senda navegable de las culturas que se acercaron a nosotros y de la cultura que nosotros emanamos. Hoy, amigos, quiero referirme a nosotros, que somos nuestra propia cultura, incapaz de ser sometida a consignas ni a direcciones de circulación. Una cultura desarrollada de abajo arriba, como todo lo que crece (hasta la lluvia, que parece que cae, ha de subir primero), y de dentro afuera, como todo lo vivo. Una cultura semejante a esos animales que, en cautividad, no procrean y acaban por morir. Una cultura que es lo mismo que somos nosotros, los andaluces.

Y yo desearía definirnos y explicarnos como la unión de los contrarios: más humanos, por tanto, cuanto más andaluces. Acompañadme, amigos. Estamos ante un decorado abierto como una mano abierta, donde han representado sus brillantes o míseros papeles en la Historia tantas razas, tantas culturas, tantas religiones. Se excava aquí y aparecen rosadas piedras molineras, vasijas para el aceite, candiles, monedas, dioses, las cenizas de los muertos de todos. Sobre esta tierra tanto han pisado los siglos, que los imperios suelen caer sin fragor, apenas levantando un poquito de polvo, como quien se echa a dormir simplemente una siesta mientras el aire, suave, conmueve los olivos. Estamos en Andalucía, encrucijada, tránsito, paso obligado de vaivenes; en Andalucía, mesón, posada y lumbre de los que subían y bajaban y nos fueron conformando con el aluvión de sus castas, la contradicción de sus ideales, la generosidad de sus ofrendas y la donación de sus sabidurías. Desde el turdetano, belicoso y robusto, que luchó contra Roma junto a los cartagineses, hasta el normando rubicundo, pastor de las marismas. Desde el hábil fenicio, al árabe delicado y obscuro. Desde los visigodos, fríos y tenaces, hasta los aplicados hebreos. Desde los ingleses de Málaga o Jerez, hasta los centroeuropeos de La



El Prof. G. Gómez-Heras, Secretario General de la Universidad, procede a la lectura del nombramiento.

Moncloa, de La Parrilla o de La Carolina, cuando Andalucía —ay, Dios— aún era tierra de inmigraciones, no de emigraciones.

¿Podría ser otra cosa Andalucía que unión y resultado de contrarios?. Si hasta el punto más alto de la orografía española se alza aquí —el Mulhacén—, no lejos de las costas más bajas —las marismas—. ¿Podría ser de otra forma, si las nieves perpetuas blanquean nuestras sierras cerca de **La Sartén de Andalucía**, Ecija, que ostenta los más altos termómetros de España?. ¿Podría ser de otra forma, si en Grazalema llueve más que en Santiago de Compostela, y en las estribaciones de Almería es donde menos llueve de toda la Península?. ¿Podría ser de otra forma, si nuestro Padre el Río, que nace en el milagro de Cazorla y muere en el milagro de Doñana, atraviesa campos donde conviven el pino de montaña, el olivo de la campiña, el alcornoque y la encina de la sierra, el almendro de las ramblas, el naranjo de las llanuras bajas, el arroz de las marismas, el cereal de secano, el frutal de los regadíos, y la pita y la chumbera y la palma de los desiertos?. ¿Quién no ha tenido ocasión de comprobar que existen lugares significativos, lugares donde el espíritu —que sopla donde quiere— se detiene, e instala —no sabemos por cuánto tiempo— su morada?. Son geografías reiteradas, sobre las que suceden acontecimientos profundos; sitios predestinados, que ven transcurrir —inmutables en esencia— la historia de los hombres. Abd al-Rahman I, recién llegado a Córdoba, siente nostalgia de su Oriente dorado, que la distancia agranda y enriquece. Se echa de menos, en el fondo, a sí mismo, como con frecuencia sucede. Y extraña su infancia en Damasco, donde su abuelo, en un palacio próximo a la ciudad, en una zona llamada Ruzafa, había ordenado construir un jardín botánico, donde se aclimataban plantas y árboles foráneos. Abd al-Rahman I busca, por la naciente Córdoba, un paraje donde repetir el recuerdo. Y lo encuentra, arregostado en la falda de la Sierra, no lejos de las grandes aguas. Y le da el nombre aquel, sinónimo ya de jardín caprichoso. Y a la palmera allí, esbelta como la mañana,

le confiesa: «Tú y yo somos exóticos». Así, entre su recuerdo y su esperanza, abrazándolos, Córdoba crecerá.

Evolución y unión de los contrarios, digestión de alimentos contrapuestos, espongiario que asume y, en su interior, transforma: eso es Andalucía. Se ha advertido, como una de sus características, la de la ironía entendida al modo de un «redescubrimiento del ser y de la vida, tras una fugaz tangencia imaginaria con el no ser y con la muerte». Había de ser así, porque residimos en una tierra estratégica donde, en el curso de la Historia, se han desatado y litigado las ambiciones de los poderosos. Es la historia de Andalucía lo que justifica que ningún otro pueblo de España sea poseedor de su ironía, de su estar de vuelta, de su desdén de quien todo lo ha tenido; el amor del que sabe que en un sorbo de vino puede mostrarse o ahogarse la felicidad. Por eso aquí se progresa sobre dos rieles, antagónicos a primera vista: el «**qué más da**» y el «**estaría de Dios**» que, en el fondo, son sólo dos manifestaciones de la misma certeza: la seguridad de que las riendas de la vida no se hallan en nuestras manos; de que la podemos hacer acaso mejor o más ancha, pero nunca más larga; el conocimiento de que la vida se desenvuelve entre un doble paréntesis: el de la contingencia y el de la necesidad, y que ni el más levantado poder de este mundo podrá modificarla esencialmente: en lo superficial, sí —es más fácil y, a ratos, conveniente— pero en lo esencial, no. De ahí nuestro estoicismo y aún nuestro fatalismo, de un lado; y de otro, lado, nuestro gusto por el adorno, por lo festivo, por lo bello. Es la escueta copa de vino y es la tapa. Es el humilde adobe y es la cal que lo decora. Es el riesgo del toreo, y la seda y el oro que lo enjoyan. Es la sangre de los Cristos, y los mantos y los palios chorreados de riqueza. Es la fé de la saeta, y el paganismo de las palmas y el aguardiente. Es el sudor de los costaleros, y el mareante vergel de los pasos. Es el patio recoleto en que se convirtió el atrium romano, y el balcón extrovertido en gitanillas para que lo vean los extraños. Es la austeridad de la jeringuilla o del joyo de aceite o de los paredones blanqueados, y es el epicureísmo de la

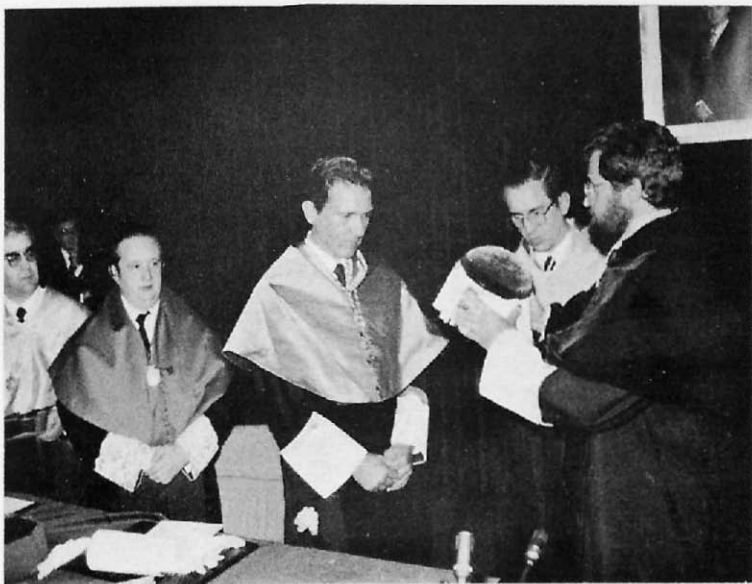
caldereta, de los taquitos de jamón o la acedía, de las arquitecturas barrocas, de los olores casi pecaminosos. Es la exageración (por carta de más o por carta de menos: si en una corrida está la plaza medio llena decimos que no había un alma o que no cabía un alfiler: el caso es no atenerse a los límites reales), es la exageración y es el continuo empleo de los diminutivos: a una anciana se la llamará *niña*; a un niño, *padre mío*. Para ponderar algo se dirá ¡qué lástima!; para reír la gracia de un chaval se dirá ¡qué dolor de hijo!. Sin embargo, para lamentar un desastre se dirá simplemente *estaba escrito, qué le vamos a hacer*.

Porque aquí hemos inventado un arte: el arte del dolor y de la sangre. (Ningún tópico es gratuito. Todos responden a la reiterada quintaesencia de una idiosincrasia: nuestra *Semana Santa*, nuestros toros y nuestro cante jondo). Nuestra *Semana Santa* más que con la pasión de Cristo tiene que ver con nuestra propia pasión: es una forma de exteriorizarnos, de celebrar las excitantes fiestas de la resurrección y de la primavera. (No en balde el Prior del convento de San Roque en Arahál, donde estaba constituida la Cofradía de Jesús Nazareno, en cuanto salió el paso a la calle, en la primera *Semana Santa* después de la fundación en 1.624, cerró las puertas y no lo dejó volver a entrar. Aseguraba —con razón— que hasta los frailes atendían más a los asuntos de la hermandad que a sus propias devociones). Y nuestros toros son un procedimiento de enfrentar las cosas absolutas —el peligro y la muerte— con las rígidas reglas de un juego. No es sólo ya la amenaza y el calor y el cansancio y el peso de las telas recamadas y el público exigente y el miedo y el riguroso canon de la lidia: además de todo eso, como decía Manolete, *aquí hay que estar bonito*. Y en nuestro cante jondo, cuando se canta a gusto, como dijo La Piriñaca de Jerez, la boca sabe a sangre. Y la sangre del que escucha se pone de pie, con sus vellos. Y los sonidos que restallan más fuerte son los sonidos negros. Y el duende ha de volverse trágico, pero un momento sólo para poder volver —sin transición, sin aspavientos— a la copa de vino y al jaleo. Porque aquí la fiesta no es que, además, sea peligrosa, sino que consiste fundamental-

mente en eso: en el peligro, en la posibilidad de quedarse prendido en los cuernos de un toro o de una seguidilla, en la apuesta del que va acaso para no retornar. Pero sonriendo, pero como si no fuese con él, porque quizá la vida no sea lo más importante, a no ser que se la viva en libertad y con elegancia. He ahí el desdén. He ahí la causa del desdén y de la generosidad y de la ilimitada tolerancia, tan escasa en el resto de los pueblos de España.

Por eso, a la ley del máximo esfuerzo, el esplendor energético que se instala como eje de nuestra época, se opone —y me agrada subrayarlo de pasada— la actitud de un pueblo sureño: el andaluz. A pesar de los trastornos que las inicuas emigraciones y un pasoteo secular hayan introducido en su personalidad, el andaluz se encuentra mucho más cerca de la postura griega que el resto de los peninsulares. Su indolencia —o su pereza, si se prefiere: no es un insulto— es el resultante de aquel desdén que dijimos, y de una parsimonia y de un ascetismo y de una ciencia. El trabajo no es para el andaluz, como para los nórdicos o los levantinos, un motivo de ínfulas, es más bien lo contrario: aquí trabaja el que no sirve para otra cosa. Y su ideal de vida es justamente el ocio: **otium cum dignitate**. El andaluz prefiere, en general, reducir sus necesidades para reducir también la fatiga con que satisfacerlas. De ahí que el menosprecio con que acostumbran a tratar a Andalucía las regiones —o nacionalidades— oficialmente trabajadoras esté basado en una incomprensión y una ignorancia. Y, por añadidura, en una insalvable divergencia de opiniones: el andaluz típico —típico en la noble significación germinal del vocablo— no aspira al **way of life** de los países más desarrollados. No lo aceptaría aunque se lo regalaran. Su ambición no puede ser más opuesta. Para él la vida es **ser** y no **tener**. Y, en definitiva, hacia aquellos seres superiores que lo menosprecian el andaluz siente una antigua y condescendiente indulgencia, como la que se siente por un niño que todavía no ha aprendido a lidiar bien las cosas de este mundo.

Y que no se hable de nuestra tendencia y nuestra facilidad para la impro-



El Rector Magnifico, impone el birrete al Doctorando.

visión. Que no se eche todo a cuestras de nuestras intuiciones. Porque cualquier gesto nuestro, por impremeditado que parezca, ha sido ya muy ensayado, por millones de otros gestos ensayados, durante miles de años. Esa es la raíz de nuestra sencillez. Como le respondió el lord inglés al burgués francés que, haciendo en esfuerzo, le alababa el césped de su jardín: «Es muy fácil de conseguir: se planta, se riega durante cuatrocientos o quinientos años, y ya está». Facilísimo. Pero ha de haber un tácito acuerdo visceral a lo largo de mil generaciones; un pacto mudo, cuyo contenido sabemos al mismo segundo de nacer: de nacer andaluces, por supuesto.

¿Cómo, si no, iba a darse entre nosotros la máxima contradicción histórica —otra unión de contrarios irreconciliables—: nuestra tradicional sumisión de conquistados, nuestra externa indiferencia bajo los dominios sobrevenidos, frente a esa también tradicional rebeldía, frente a esa historia ensangrentada nuestra de afirmación y lucha?. Porque la configuración sesgada de nuestro padre Guadalquivir lo ha hecho no barrera defensiva, no foso contra las invasiones, sino, al revés, vía de comunicación, línea de contactos, cuenca receptora de civilizaciones. Siempre se advirtió que quien dominara Despeñaperros llegaría sin oposición hasta Sanlúcar de Barrameda. Y es cierto. Como es cierto que la Bética, cuando Roma, fue una provincia industriosa, tan sosegada, tan ciudadana, que dependía de la administración del senado en lugar de la jurisdicción militar imperial como los demás territorios de la Península. Pero, ¿cómo coexistir entonces tal aparente dejadez con el hecho evidente de que en los Campos de Baecula fue donde Escipión aniquiló a los cartagineses; de que sea Cádiz el primer lugar donde éstos desembarcan y el último del que se despiden; de que sea en las Navas de Tolosa donde se dé la más grave batalla de la reconquista; de que para conquistar Sevilla le resulte a Fernando el Santo imprescindible la ayuda del almirante vasco Ramón Bonifaz y de toda su escuadra; de que en Bailén —adonde acuden al engaño los franceses de La Mancha— sea donde comienza a decidirse la Guerra de la Independencia; de que en el

Puente de Alcolea se resuelva la suerte de la denominada Revolución Gloriosa que acabó por traer la Primera República?

¿Cómo en esa **resignada** Andalucía, esclava de sus conquistadores, es donde brota la repetida rebelión morisca de las Alpujarras, o el movimiento de los bandoleros frente a los caciques?. Porque nada hay que asuste tanto a una turbia conciencia como una reivindicación bien planteada. Esta es la causa de que sea en esa **resignada** Andalucía donde se promulga la Constitución del 12 —bautizada por nosotros **La Pepa** por haber nacido el día de San José—, que representa el símbolo de los anhelos liberales contra la monarquía absoluta. Donde se da garrote vil a Mariana Pineda. Donde se fusila a Torrijos y a sus compañeros. Donde se constituye la Junta Soberana de Andújar en 1.835. Donde se intenta fundar el primer falansterio —en Jerez, por Sagrario de Velloy— con las ideas fourieristas. Donde se obliga a la creación de la Guardia Civil como cargo de represión y orden rural ante las exigentes demandas de los campesinos. Donde se alzan, en una conjura al aire libre, Manuel Caro y sus huestes de jóvenes imberbes sevillanos, que asaltan en Utrera la Casa cuartel de esa Guardia Civil, y en Arahal —respetuosas de las personas y los bienes— queman todas las escribanías y todos los archivos municipales con intención de destruir los títulos de propiedad privada de las tierras. Donde estalla la insurrección de Loja en 1.861, en la que seis mil campesinos destituyen a las autoridades y forman un gobierno local. Donde el movimiento federalista alcanza tan fuerte repercusión que, representadas las provincias por sus respectivas **juntas**, los pueblos andaluces pasan de las barricadas al campo y la guerrilla, en lucha contra el estrangulador poder central. Donde surge la Primera Internacional Socialista de Málaga en 1.870. Donde, en el 74, exasperadas las luchas sociales por la desigualdad de toda clase, aparece la Mano Negra, cuyos aliados llegaron a cincuenta mil. Donde las huelgas de los mineros de Río Tinto trazaron con el rojo de su río y de su sangre una página inmensa. Donde, por el puerto adelantado de Cádiz, se recibieron las influencias progresistas que lo

convirtieron en «la patria solariega de la libertad», que albergó el primer grupo socialista de España y los clubs revolucionarios y las insurrecciones republicanas de 1.868 y 69 y el primer núcleo anarquista andaluz, al que siguieron tantos, tantos, tantos. Baste recordar el nombre de los promotores del ideal de justicia y libertad porque la justicia y la libertad son las caríatides que sostienen la cultura: Guzmán Sertorio, Fermín Salvochea, el maestro Escosura, Picavez, Alvarez de Salamanca, Fermín Requena, Méndez Bejarano, Isidoro de las Cajas, Blas Infante, que animó en 1.913, en el Congreso de Ronda, el deseo de incrementar el sentido regeneracionista andaluz, su abanderado despegar, su toma de conciencia tan largo tiempo intencionadamente demorada a fuerza de somníferos y terribles sedantes. Andalucía, esa **bella durmiente**, es la que despierta en 1.933 la sublevación de Casas Viejas, tan dura que cambia en Benalup de Sidonia el nombre de su pueblo, y que viene a ratificar lo que ya históricamente estaba claro: que, como dijo Blas Infante en Ronda, «Andalucía, la tierra más fértil de España, está cerrada al trabajo», y que ninguna reforma agraria, tímida y paulatinamente aplicada, podrá seducir ni tranquilizar nunca el ánimo de nuestros campesinos. De ahí que, revuelta ya la ultraizquierda contra la segunda República, fuesen las derechas las que pretendieran hacer su interesada revolución contra la República y contra la ultraizquierda. Y esa revolución, que tanto daño hizo a Andalucía, fue la guerra de los tres años, del 36 al 39, pero sus despiadados efectos los estamos padeciendo aún, esperemos que no por mucho tiempo más.

Así se explica —y con ello quisiera concluir—, como suma y fusión de los contrarios, el trayecto de todo el quehacer andaluz: recibir, trasmutar e irradiar. Su cultura procede de los rincones más dispares del universo y, después de solidificada, viaja nuevamente a los lugares más dispares del universo. Como el lucero de Venus que precede y sobrevive a la noche de los sortilegios y las metamorfosis. Siempre hay un andaluz —**anda luz**— que ostenta, en efecto, la

luz de su cultura en Oriente, en las Indias, en el confín más inimaginable. Esa es la razón de que España no pueda concebirse sin Andalucía. Ni España, ni su idioma: el primer poemilla en balbuceante castellano que se conoce firmado es de Judá Haleví; la primera gramática, de Antonio de Nebrija; los dos últimos Premios Nóbeles españoles, son de Sevilla y Huelva.

Por eso yo os pediría, en esta ocasión en que habéis tenido la gentileza de acompañarme en tan inmerecida investidura, que siguiéramos el trazo y el ejemplo de nuestro paternal y fervoroso río Guadalquivir. Que lo contempláramos como lo que es: una cadena de agua irrompible y trabada que enlaza como ocho eslabones admirables, a las ocho admirables hermanas. Sin exclusión, porque hasta de Almería recibe aguas fecundas y multiplicadoras, e incluso hay quien afirma que el verdadero Guadalquivir no es el nacido en Cazorra, en el Barranco de los Teatinos, sino el Guadiana Menor acopiado por la Sierra del Pozo y la de Grillemona, por las Sierras de Baza y de Filabres, entre Granada y Almería. No olvidemos que, en su afán totalizador y doméstico, el Guadalquivir incoa la fundación del reino de Granada, porque con su húmedo capote le hizo un quite y se llevó hacia el Suroeste a los cristianos enamorados con excesiva pasión de Andalucía, distrayéndoles hasta que sólo quedó —bello y aislado— el coronado fruto de Sierra Nevada. Yo os convoco, en consecuencia, a que por nada ni por nadie Andalucía se divida: ella, que es la unión de los contrarios. Su fuerza está en su unión inquebrantable: ni partidos, ni provincias, ni distribuciones administrativas y accesorias, ni ideologías, deben tener proyectos divergentes. Ningún proyecto más señero, más necesario, más sublime que el proyecto común de Andalucía. Proyecto al que la universidad no puede ser ajena, porque nada encuentro que sea menos ajeno a la vida que su estudio y que su conocimiento. Porque la cabeza es cabeza de un cuerpo, y las manos son las manos de un cuerpo. Y, sin él, ni la cabeza ni las manos son otra cosa que despojos tristes. Como el fruto apretado y común de la acei-

tuna, manténgamonos juntos, fuertes, endiosados y orgullosos de ser andaluces, más andaluces y fraternos cada día. Y más andaluces quiere decir más universales, que es lo que la universidad procura y nos enseña.

Antonio GALA



El Rector Magnífico, entrega el título al Doctorando.